

BULA «INEFFABILIS DEUS»

DEFINICIÓN DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

S. S. Beato Pío IX

El 8 de diciembre de 1854, el Beato Papa Pío IX, rodeado de 93 Obispos, 42 Arzobispos, el Patriarca de Alejandría y 54 Cardenales, definió solemnemente ex cathedra la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen. Y cuando este Papa quiso levantar un monumento, para memoria de la gloriosa definición, escogió para erigirlo la Plaza de España en Roma, “por haber sido España —como afirmó Su Santidad en la inauguración— la nación más devota de la Virgen, y la que más fervoroso culto había tributado a la Inmaculada Concepción”.

Puede extrañar lo tardío de esta definición en la historia de la Iglesia; pero recuérdese que antes del siglo XIX no se presentó ocasión para ello, pues desde la definición solemne de la maternidad divina de María, ninguno de los privilegios de María Santísima volvió a verse combatido en el seno de la Iglesia. Mas cuando se empezaron a difundir en la sociedad las ideas de la Revolución, que sacaba sus dogmas (la libertad, la igualdad, la democracia, el naturalismo) de la negación del pecado original y de la creencia en la bondad nativa del hombre, el momento propicio para definir el dogma de la Inmaculada Concepción parecía llegado. Con esta definición, el Papado anatematizó de un solo golpe todas las ideas revolucionarias, proclamando a la faz del mundo que la Inmaculada Concepción no era una ley general de todos los hombres, sino el privilegio singular y exclusivo de María Santísima. Con el fin de subrayar mejor este lazo entre la definición de la Inmaculada Concepción de María, y la condenación de los errores democráticos y revolucionarios, el beato Papa Pío IX, cuando llegó el momento de hacer un Syllabus de todas las doctrinas erróneas de la época para denunciarlas al mundo, se colocó bajo la protección de la Virgen Inmaculada y eligió el día aniversario en que proclamó la Inmaculada Concepción de María.

Para nosotros, un motivo más personal nos lleva a publicar hoy, en este nuevo Cuaderno de La Reja, la Bula del beato Pío IX: y es la de celebrar la consagración de la iglesia de nuestro Seminario, justamente dedicada a la purísima Concepción de María.

INDICE

Introducción	4
María, Inmaculada en los planes de Dios.....	4
Conveniencia de la Inmaculada Concepción	5
PRIMERA PARTE	
La Inmaculada Concepción en el Magisterio de la Iglesia.....	5
La Concepción Inmaculada y santidad de María es doctrina constante de la Iglesia.....	5
Testimonios de la Iglesia romana en favor de la doctrina y culto de la Inmaculada Concepción.....	5
Favor prestado por los Sumos Pontífices al culto de la Inmaculada.....	5
Los Sumos Pontífices determinan exactamente la doctrina sobre la Inmaculada Concepción	6

Sanciones de los Sumos Pontífices en favor de la Inmaculada Concepción, y contra los que osasen impugnar esta doctrina	6
Sentir unánime de los Obispos y religiosos	7
Prudente formulación del Concilio de Trento sobre el pecado original, del que se excluye a la Santísima Virgen	8
SEGUNDA PARTE	
La Inmaculada Concepción en las Escrituras y Santos Padres	8
Testimonios que los Santos Padres sacaron de las Escrituras	8
La doctrina del Protoevangelio.....	8
Las figuras bíblicas	9
Los vaticinios de los Profetas y Libros Sapienciales	9
El Ave María	9
El Magnificat	9
Argumento sacado del paralelo entre Eva y María	10
Expresiones de alabanza de los Santos Padres en honor de la Inmaculada Concepción	10
Empleo de la misma palabra “inmaculada” o de términos parecidos	10
Consenso unánime que el testimonio de los Santos Padres produjo en la Iglesia Universal	11
TERCERA PARTE	
Definición dogmática de la Inmaculada Concepción	11
Peticiones de la definición dogmática	11
Comisión especial y labor preparatoria	11
Respuesta unánime de los Pastores a la encuesta pontificia	12
Consultorio y petición del parecer de los Cardenales	12
Definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María	12
Conclusión.....	13
Sentimientos de esperanza de que la Santísima Virgen dé a la Iglesia una vida más floreciente	13
Exhortación final a la confianza en la bondadosa intercesión de María	13
Defensa y recuerdo de la presente Bula	13

Introducción ¹

María, Inmaculada en los planes de Dios

1. El inefable Dios, cuya conducta es misericordia y verdad, cuya voluntad es omnipotencia y cuya sabiduría alcanza de límite a límite con fortaleza y dispone suavemente todas las cosas ², habiendo previsto desde toda la eternidad la ruina lamentabilísima de todo el género humano, que había de provenir de la transgresión de Adán, decretó realizar la primitiva obra de su bondad, escondida desde la eternidad en un designio misterioso, con un plan todavía más secreto, mediante la encarnación del Verbo, a fin de que el hombre, arrastrado al pecado por la astuta maldad del diablo, no pereciese contra sus designios misericordiosos. Y para que la caída del primer Adán fuese reparada más felizmente en el segundo, desde el principio y antes de los tiempos eligió y destinó para su unigénito Hijo una Madre, de la cual se hiciese hombre y naciese en la dichosa plenitud de los tiempos. Y en tanto grado la amó por encima de todas las criaturas, que en Ella sola se complació con señaladísima benevolencia. Por eso, muy por encima de todos los espíritus angélicos y de la universalidad de los santos, la colmó de la abundancia de todos los favores celestiales, sacada del tesoro de la divinidad, y ello de manera tan admirable, que, absolutamente libre por siempre de toda mancha de pecado, y toda hermosa y perfecta, gozase de tal plenitud de inocencia y santidad, que no se puede concebir en modo alguno otra mayor después de Dios, y nadie puede imaginar fuera de Dios.

¹ Los títulos con que dividimos el texto pontificio, la numeración del mismo y la diferentes referencias bíblicas, son responsabilidad nuestra.

² Sab. 8, 1.

Conveniencia de la Inmaculada Concepción

2. Y, por cierto, era convenientísimo que tan venerable Madre brillase siempre adornada de los resplandores de la perfectísima santidad, y que reportase un total triunfo de la antigua serpiente, siendo enteramente inmune aun de la misma mancha de la culpa original; • pues a Ella Dios Padre dispuso dar a su único Hijo, a quien ama como a Sí mismo, después de engendrarlo en su seno igual a Sí, de tal manera que el Hijo común de Dios Padre y de la Virgen fuese naturalmente uno solo y el mismo; • puesto que a Ella el mismo Hijo en persona determinó convertirla sustancialmente en su Madre; • y porque de Ella el Espíritu Santo quiso e hizo que fuese concebido y naciese Aquel de quien El mismo procede.

PRIMERA PARTE

La Inmaculada Concepción en el Magisterio de la Iglesia

LA CONCEPCIÓN INMACULADA Y SANTIDAD DE MARÍA ES DOCTRINA CONSTANTE DE LA IGLESIA

3. Ahora bien, la Iglesia católica, que, de continuo enseñada por el Espíritu Santo, es columna y fundamento firme de la verdad, jamás desistió de explicar, poner de manifiesto y promover, de variadas e ininterrumpidas maneras y con hechos cada vez más espléndidos, la original inocencia de la augusta Virgen, junto con su admirable santidad, muy en consonancia con la altísima dignidad de Madre de Dios, por tenerla como doctrina recibida de lo alto y contenida en el depósito de la revelación. Pues esta doctrina, en vigor desde las más antiguas edades, íntimamente inoculada en los espíritus de los fieles, y maravillosamente propagada por el mundo católico por los cuidados afanosos de los sagrados prelados, espléndidamente la puso de relieve la Iglesia misma cuando no titubeó en proponer al público culto y veneración de los fieles la Concepción de la misma Virgen. Ahora bien, con este glorioso hecho, presentó al culto la Concepción de la misma Virgen como algo singular, maravilloso y muy distinto de los principios de los demás hombres y perfectamente santo, por no celebrar la Iglesia sino festividades de los santos. Y por eso acostumbró a emplear en los oficios eclesiásticos y en la sagrada Liturgia aun las mismísimas palabras que emplean las divinas Escrituras tratando de la Sabiduría increada y describiendo sus eternos orígenes, y aplicarlas a los principios de la Virgen, los cuales habían sido predeterminados con un mismo decreto, juntamente con la encarnación de la divina Sabiduría.

TESTIMONIOS DE LA IGLESIA ROMANA EN FAVOR DE LA DOCTRINA Y CULTO DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

4. Y aun cuando todas estas cosas, admitidas casi universalmente por los fieles, manifiesten con qué celo haya mantenido también la misma Iglesia romana, Madre y Maestra de todas las Iglesias, la doctrina de la Concepción Inmaculada de la Virgen, los gloriosos hechos de esta Iglesia son muy dignos de ser enumerados uno a uno, siendo tan grande su dignidad y autoridad, como absolutamente se debe a la que es centro de la verdad y unidad católica, y la única en que ha sido custodiada inviolablemente la religión, y de la cual todas las demás Iglesias han de recibir la tradición de la fe. Así que la misma Iglesia romana siempre tuvo en el corazón profesar, propugnar, pagar y defender la Concepción Inmaculada de la Virgen, su culto y su doctrina, de las maneras más significativas.

Favor prestado por los Sumos Pontífices al culto de la Inmaculada

5. Muy clara y abiertamente, por cierto, testimonian y declaran esto tantos insignes hechos de los Romanos Pontífices, nuestros predecesores, a quienes en la persona del Príncipe de los Apóstoles encomendó el mismo Cristo Nuestro Señor el supremo cuidado y potestad de apacentar los corderos y las ovejas, de robustecer a los hermanos en la fe, y de regir y gobernar la Iglesia universal. Ahora bien, nuestros predecesores se gloriaron mucho de establecer con su autoridad apostólica, en la Iglesia romana la fiesta de la Concepción, y darle más auge y esplendor con Oficio y Misa propios, en los que clarísimamente se afirmaba la prerrogativa de la inmunidad de la mancha hereditaria, y de promover y ampliar con toda suerte de industrias el culto ya establecido: • ora con la concesión de indulgencias; • ora con el permiso otorgado a las ciudades, provincias y reinos de que tomasen por patrona a la Madre de Dios bajo el título de la Inmaculada Concepción; • ora con la aprobación de sodalicios,

congregaciones, institutos religiosos fundados en honra de la Inmaculada Concepción; • ora alabando la piedad de los fundadores de monasterios, hospitales, altares, templos bajo el título de la Inmaculada Concepción, o de los que se obligaron con voto a defender valientemente la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios.

6. Grandísima alegría sintieron además en decretar que la festividad de la Concepción debía considerarse por toda la Iglesia exactamente como la de la Natividad, y que debía celebrarse con octava en la Iglesia universal, y que debía ser guardada santamente por todos como fiesta de precepto, y que había de haber capilla papal en nuestra basílica patriarcal Liberiana anualmente el día dedicado a la Concepción de la Virgen. Y deseando fomentar cada día más en las mentes de los fieles el conocimiento de la doctrina de la Concepción Inmaculada de María Madre de Dios, y estimularles al culto y veneración de la misma Virgen concebida sin mancha original, gozaronse en conceder, con la mayor satisfacción posible, permiso para que públicamente se proclamase en las Letanías Lauretanas, y en el mismo Prefacio de la Misa, la Inmaculada Concepción de la Virgen, y se estableciese de esa manera *la norma de la fe con la ley misma de orar*.

7. Nos, además, siguiendo fielmente las huellas de tan grandes predecesores, no sólo tuvimos por buenas y aceptamos todas las cosas piadosísima y sapientísimamente establecidas por los mismos, sino también, recordando lo determinado por Sixto IV, dimos nuestra autorización al oficio propio de la Inmaculada Concepción, y de muy buen grado concedimos su uso a la Iglesia universal.

Los Sumos Pontífices determinan exactamente la doctrina sobre la Inmaculada Concepción

8. Mas, como quiera que las cosas relacionadas con el culto están íntima y totalmente ligadas con su objeto, y no pueden permanecer firmes en su buen estado si éste queda envuelto en la vaguedad y ambigüedad, nuestros predecesores los Romanos Pontífices, que se dedicaron con todo esmero al esplendor del culto de la Concepción, pusieron también todo su empeño en esclarecer e inculcar su objeto y doctrina. Pues con plena claridad enseñaron que se trataba de festejar la concepción de la Virgen, y proscribieron, como falsa y muy ajena a la mente de la Iglesia, la opinión de los que sostenían y afirmaban que veneraba la Iglesia, no la concepción, sino la santificación. Ni creyeron que debían tratar con más suavidad a los que, con el fin de echar por tierra la doctrina de la Inmaculada Concepción de la Virgen, distinguendo entre el primero y segundo instante y momento de la concepción, afirmaban que ciertamente se celebraba la concepción, mas no en el primer instante y momento. Pues nuestros mismos predecesores juzgaron que era su deber defender y propugnar con todo celo, como verdadero objeto del culto, la festividad de la Concepción de la Santísima Virgen, y la concepción en el primer instante. De ahí las palabras verdaderamente decisivas con que Alejandro VII, nuestro predecesor, declaró la clara mente de la Iglesia, diciendo:

*Antigua por cierto es la piedad de los fieles cristianos para con la Santísima Madre Virgen María, que sienten que su alma, en el primer instante de su creación e infusión en el cuerpo, fue preservada inmune de la mancha del pecado original, por singular gracia y privilegio de Dios, en atención a los méritos de su hijo Jesucristo, redentor del género humano, y que, en este sentido, veneran y celebran con solemne ceremonia la fiesta de su Concepción*¹.

9. Y, ante todo, fue costumbre también entre los mismos predecesores nuestros defender, con todo cuidado, celo y esfuerzo, y mantener incólume la doctrina de la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios. Pues no solamente no toleraron en modo alguno que se atreviese alguien a mancillar y censurar la doctrina misma, sino que, pasando más adelante, clarísima y repetidamente declararon que la doctrina con la que profesamos la Inmaculada Concepción de la Virgen era y con razón se tenía por muy en armonía con el culto eclesiástico y por antigua y casi universal, y era tal que la Iglesia romana se había encargado de su fomento y defensa y que era dignísima que se le diese cabida en la misma sagrada Liturgia y en las oraciones públicas.

Sanciones de los Sumos Pontífices en favor de la Inmaculada Concepción, y contra los que osasen impugnar esta doctrina

10. Y, no contentos con esto, para que la doctrina misma de la Concepción Inmaculada de la Virgen permaneciese intacta, prohibieron muy severamente que se pudiese defender, pública o privadamente, la opinión contraria a esta doctrina, y quisieron acabar con aquélla a fuerza de múltiples golpes mortales. Esto no obstante, y a

¹ Bula “*Sollicitudo omnium Ecclesiarum*”, del 8 de diciembre de 1661.

pesar de repetidas y clarísimas declaraciones, pasaron a las sanciones, para que éstas no fueran vanas. Todas estas cosas comprendió el citado predecesor nuestro Alejandro VII con estas palabras:

Nos, considerando que la Santa Iglesia Romana celebra solemnemente la festividad de la Concepción de la Inmaculada siempre Virgen María, y que dispuso en otro tiempo un oficio especial y propio acerca de esto, conforme a la piadosa, devota y laudable práctica que entonces emanó de Sixto IV, nuestro predecesor; y queriendo, a ejemplo de los Romanos Pontífices, nuestros predecesores, favorecer esta laudable piedad y devoción y fiesta, y al culto en consonancia con ella, y jamás cambiado en la Iglesia romana después de la institución del mismo, y (queriendo) además salvaguardar esta piedad y devoción de venerar y celebrar la Santísima Virgen preservada del pecado original, por la gracia preveniente del Espíritu Santo; y deseando conservar en la grey de Cristo la unidad del espíritu en el vínculo de la paz, apaciguados los choques y las contiendas y removidos los escándalos: en atención a la instancia a Nos presentada y a las preces de los mencionados obispos con los cabildos de sus iglesias y del rey Felipe y de sus reinos; renovamos las constituciones y decretos promulgados por los Romanos Pontífices, nuestros predecesores, y principalmente por Sixto IV, Paulo V y Gregorio XV en favor de la sentencia que afirma que el alma de Santa María Virgen en su creación y en la infusión en el cuerpo fue obsequiada con la gracia del Espíritu Santo y preservada del pecado original, y en favor también de la fiesta y culto de la Concepción de la misma Virgen Madre de Dios, prestado, según se dice, conforme a esa piadosa sentencia, y mandamos que se observe bajo las censuras y penas contenidas en las mismas constituciones.

Y además, a todos y cada uno de los que continuaren interpretando las mencionadas constituciones o decretos, de suerte que anulen el favor dado por éstas a dicha sentencia y fiesta o culto tributado conforme a ella, u osaren promover una disputa sobre esta misma sentencia, fiesta o culto, o hablar, predicar, tratar, disputar contra estas cosas de cualquier manera, directa o indirectamente, o con cualquier pretexto, aun de examinar su definibilidad, o de glosar o interpretar la sagrada Escritura, o los Santos Padres o Doctores; finalmente, con cualquier pretexto u ocasión, por escrito o de palabra, determinando o afirmando cosa alguna contra ellas, ora aduciendo argumentos contra ellas y dejándolos sin solucionar, ora discursando de cualquier otra manera inimaginable; fuera de las penas y censuras contenidas en las constituciones de Sixto IV, a las cuales queremos someterles y por las presentes les sometemos, queremos también privarles del permiso de predicar, de leer públicamente, o de enseñar y de interpretar, y de voz activa y pasiva en cualesquiera elecciones, por el mero hecho de comportarse de ese modo y sin otra declaración; y que incurran, además, ipso facto, sin otra declaración, en las penas de inhabilidad perpetua para predicar, leer públicamente, enseñar e interpretar; y que no puedan ser absueltos o dispensados de estas cosas sino por Nos mismo o por nuestros sucesores los Romanos Pontífices; y queremos asimismo que sean sometidos, y por las presentes sometemos a los mismos a otras penas, infligibles por Nos y al arbitrio de los mismos Romanos Pontífices, nuestros sucesores, renovando las constituciones o decretos de Paulo V y de Gregorio XV arriba mencionados.

Prohibimos, bajo las penas y censuras contenidas en el Índice de los libros prohibidos, los libros en los cuales se pone en duda la mencionada sentencia, fiesta o culto conforme a ella, o se escribe o lee algo contra esas cosas de la manera que sea, como arriba queda dicho, o se contienen frases, sermones, tratados y disputas contra las mismas, editados después del decreto de Paulo V arriba citado, o que se editaren de la manera que sea en lo porvenir, y queremos y mandamos que se tengan por expresamente prohibidos ipso facto y sin más declaración ¹.

Sentir unánime de los Obispos y religiosos

11. Mas todos saben con qué celo tan grande fue expuesta, afirmada y defendida esta doctrina de la Inmaculada Concepción de la Virgen Madre de Dios por las esclarecidísimas familias religiosas y por las más concurridas academias teológicas, y por los aventajadísimos doctores en la ciencia de las cosas divinas. Todos, asimismo, saben con qué solicitud tan grande hayan profesado los obispos, abierta y públicamente, aun en las mismas asambleas eclesiásticas, que la Santísima Madre de Dios, la Virgen María, en previsión de los merecimientos de Cristo Señor Redentor, nunca estuvo sometida al pecado, sino que fue totalmente preservada de la mancha original y, de consiguiente, redimida de más sublime manera.

¹ Bula “*Sollicitudo omnium Ecclesiarum*”, del 8 de diciembre de 1661.

Prudente formulación del Concilio de Trento sobre el pecado original, del que se excluye a la Santísima Virgen

12. Ahora bien, a estas cosas se añade un hecho verdaderamente de peso y sumamente extraordinario, conviene a saber: que también el mismo concilio Tridentino, al promulgar el decreto dogmático del pecado original, por el cual estableció y definió, conforme a los testimonios de las sagradas Escrituras, de los Santos Padres y de los recomendabilísimos concilios, que los hombres nacen manchados por la culpa original, solemnemente declaró que no era su intención incluir a la santa e Inmaculada Virgen Madre de Dios en el decreto mismo y en una definición tan amplia ¹. Pues con esta declaración suficientemente insinuaron los Padres tridentinos, dadas las circunstancias de las cosas y de los tiempos, que la misma Santísima Virgen había sido librada de la mancha original, y hasta clarísimamente dieron a entender que no podía aducirse fundadamente argumento alguno de las divinas letras, de la tradición o de la autoridad de los Padres, que se opusiera en manera alguna a tan grande prerrogativa de la Virgen.

SEGUNDA PARTE

La Inmaculada Concepción en las Escrituras y Santos Padres

13. Y es que, realmente, ilustres monumentos de la venerada antigüedad de la Iglesia oriental y occidental testifican vigorosísimamente que esta doctrina de la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen, tan espléndidamente explicada, declarada y confirmada cada vez más por el gravísimo sentir, magisterio, estudio, ciencia y sabiduría de la Iglesia, y tan maravillosamente propagada entre todos los pueblos y naciones del orbe católico, existió siempre en la misma Iglesia como recibida de los antepasados y distinguida con el sello de doctrina revelada.

Pues la Iglesia de Cristo, diligente custodia y defensora de los dogmas a ella confiados, jamás cambia, ni disminuye, ni añade nada en ellos, antes bien, tratando fiel y sabiamente con todos sus recursos las verdades que la antigüedad ha esbozado y la fe de los Padres ha sembrado, de tal manera trabaja por limarlas y pulirlas, que los antiguos dogmas de la celestial doctrina reciban claridad, luz, precisión, sin que pierdan, sin embargo, su plenitud, su integridad, su índole propia, y se desarrollen tan sólo según su naturaleza; es decir, en el mismo dogma, en el mismo sentido y parecer.

TESTIMONIOS QUE LOS SANTOS PADRES SACARON DE LAS ESCRITURAS

14. Y por cierto, los Padres y escritores de la Iglesia, adoctrinados por las divinas enseñanzas, en los libros compuestos para explicar las Escrituras, no tuvieron tanto en el corazón defender los dogmas y enseñar a los fieles, como el predicar y ensalzar de muchas y maravillosas maneras, y a porfía, la altísima santidad de la Virgen, su dignidad e inmunidad de toda mancha de pecado, y su gloriosa victoria del terrible enemigo del humano linaje.

La doctrina del Protoevangelio

15. Por lo cual, al glosar las palabras con las que Dios, vaticinando en los principios del mundo los remedios de su piedad dispuestos para la reparación de los mortales, aplastó la osadía de la engañosa serpiente y levantó maravillosamente la esperanza de nuestro linaje, diciendo: *Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya* ²; enseñaron que, con este divino oráculo, fue de antemano designado clara y patentemente el misericordioso Redentor del humano linaje, es decir, el unigénito Hijo de Dios Cristo Jesús, y designada su Santísima Madre, la Virgen María, y al mismo tiempo brillantemente puestas de relieve las mismísimas enemistades de entrambos contra el diablo. Por lo cual, así como Cristo, mediador de Dios y de los hombres, asumida la naturaleza humana, borrando la escritura del decreto que nos era contrario, lo clavó triunfante en la cruz, así la Santísima Virgen, unida a Él con apretadísimo e indisoluble vínculo, hostigando con El y por El eternamente a la venenosa serpiente, y triunfando de la misma en toda la línea, trituro su cabeza con su pie inmaculado.

¹ DzH. 1516: Concilio de Trento, sesión V, 15 de junio de 1546, *Decreto sobre el pecado original*, nº 6.

² Gen. 3, 15.

Las figuras bíblicas

16. Este triunfo eximio y sin par de la Virgen, y su excelentísima inocencia, pureza y santidad, y su integridad de toda mancha de pecado e inefable abundancia y grandeza de todas las gracias, virtudes y privilegios, vieronla los mismos Padres ya en el arca de Noé, que, providencialmente construida, salió totalmente salva e incólume del común naufragio de todo el mundo ¹; ya en aquella escala que vio Jacob que llegaba de la tierra al cielo, y por cuyas gradas subían y bajaban los ángeles de Dios, y en cuya cima se apoyaba el mismo Señor ²; ya en la zarza aquella que contempló Moisés arder de todas partes y entre el chisporroteo de las llamas no se consumía ni se gastaba lo más mínimo, sino que hermosamente reverdecía y florecía ³; ora en aquella torre inexpugnable al enemigo, de la cual cuelgan mil escudos y toda suerte de armas de los fuertes ⁴; ora en aquel huerto cerrado que no logran violar ni abrir fraudes y trampas algunas ⁵; ora en aquella resplandeciente ciudad de Dios, cuyos fundamentos se asientan en los montes santos ⁶; a veces en aquel augustísimo templo de Dios que, aureolado de resplandores divinos, está lleno de la gloria de Dios ⁷; a veces en otras verdaderamente innumerables figuras de la misma clase, con las que los Padres enseñaron que habla sido vaticinada claramente la excelsa dignidad de la Madre de Dios, y su incontaminada inocencia, y su santidad, jamás sujeta a mancha alguna.

Los vaticinios de los Profetas y Libros Sapienciales

17. Para describir este mismo como compendio de divinos dones y la integridad original de la Virgen, de la que nació Jesús, los mismos Padres, sirviéndose de las palabras de los profetas, no festejaron a la misma augusta Virgen de otra manera que como a paloma pura ⁸, y a Jerusalén santa ⁹, y a trono excelso de Dios ¹⁰, y a arca de santificación ¹¹, y a casa que se construyó la eterna Sabiduría ¹², y a la Reina aquella que, rebosando felicidad y apoyada en su Amado ¹³, salió de la boca del Altísimo ¹⁴ absolutamente perfecta, hermosa y queridísima de Dios y siempre libre de toda mancha.

El Ave María

18. Mas atentamente considerando los mismos Padres y escritores de la Iglesia que la Santísima Virgen habla sido llamada *llena de gracia* ¹⁵, por mandato y en nombre del mismo Dios, por el ángel Gabriel, cuando éste le anunció la altísima dignidad de Madre de Dios, enseñaron que, con este singular y solemne saludo, jamás oído, se manifestaba que la Madre de Dios era sede de todas las gracias divinas y que estaba adornada de todos los carismas del divino Espíritu; más aún, que era como tesoro casi infinito de los mismos, y abismo inagotable, de suerte que, jamás sujeta a la maldición y partícipe, juntamente con su Hijo, de la perpetua bendición, mereció oír de Isabel, inspirada por el divino Espíritu: *Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre* ¹⁶.

El Magnificat

19. De ahí se deriva su sentir no menos claro que unánime, según el cual la gloriosísima Virgen, en quien *hizo cosas grandes el Poderoso* ¹⁷, brilló con tal abundancia de todos los dones celestiales, con tal plenitud de gra-

¹ Gen. 6.

² Gen. 28, 12.

³ Ex. 3, 2-3.

⁴ Cant. 4, 4.

⁵ Cant. 4, 12.

⁶ Sal. 86.

⁷ III Rey. 8; Zac. 6, 12-13.

⁸ Cant. 5, 2; 6, 8.

⁹ Joel 3, 17.

¹⁰ Eccli. 24, 5-16; Sal. 88, 38.

¹¹ Sal. 131, 8.

¹² Prov. 9, 1.

¹³ Cant. 8, 5.

¹⁴ Eccli. 24, 5.

¹⁵ Lc. 1, 28.

¹⁶ Lc. 1, 42.

¹⁷ Lc. 1, 49.

cia y con tal inocencia, que resultó como un inefable milagro de Dios, más aún, como el milagro cumbre de todos los milagros, y como digna Madre de Dios, y allegándose a Dios mismo lo más cerca posible que le permitía su condición de criatura, fue superior a toda alabanza humana y angélica.

Argumento sacado del paralelo entre Eva y María

20. Y, de consiguiente, para defender la original inocencia y santidad de la Madre de Dios, no sólo la compararon muy frecuentemente con Eva todavía virgen, todavía inocente, todavía incorrupta y todavía no engañada por las mortíferas asechanzas de la insidiosísima serpiente, sino también la antepusieron a ella con maravillosa variedad de palabras y pensamientos. Pues Eva, miserablemente complaciente con la serpiente, cayó de la original inocencia y se convirtió en su esclava; mas la Santísima Virgen, aumentando de continuo el don original, sin prestar jamás atención a la serpiente, arruinó hasta los cimientos su poderosa fuerza con la virtud recibida de lo alto.

EXPRESIONES DE ALABANZA DE LOS SANTOS PADRES EN HONOR DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

21. Por lo cual jamás dejaron de llamar a la Madre de Dios o lirio entre espinas, o tierra absolutamente intacta, virginal, sin mancha, inmaculada, siempre bendita, y libre de toda mancha de pecado, de la cual se formó el nuevo Adán; o paraíso intachable, vistosísimo, amenísimo de inocencia, de inmortalidad y de delicias, por Dios mismo plantado y defendido de toda intriga de la venenosa serpiente; o árbol inmarchitable, que jamás carcomió el gusano del pecado; o fuente siempre limpia y sellada por la virtud del Espíritu Santo; o divinísimo templo o tesoro de inmortalidad, o la única y sola hija no de la muerte sino de la vida, germen no de la ira sino de la gracia, que, por singular providencia de Dios, floreció siempre vigoroso a partir de una raíz corrompida y dañada, fuera de las leyes comúnmente establecidas. Mas, como si éstas cosas, aunque muy gloriosas, no fuesen suficientes, declararon, con propias y precisas expresiones que, al tratar de pecados, no se había de hacer la más mínima mención de la santa Virgen María, a la cual se concedió más gracia para triunfar totalmente del pecado; profesaron además que la gloriosísima Virgen fue reparadora de los padres, vivificadora de los descendientes, elegida desde la eternidad, preparada para sí por el Altísimo, vaticinada por Dios cuando dijo a la serpiente: *Pondré enemistades entre ti y la mujer*¹, que ciertamente trituró la venenosa cabeza de la misma serpiente; y por eso afirmaron que la misma Santísima Virgen fue por gracia limpia de toda mancha de pecado y libre de toda mácula de cuerpo, alma y entendimiento, y que siempre estuvo con Dios, y unida con El con eterna alianza, y que nunca estuvo en las tinieblas, sino en la luz, y, de consiguiente, que fue aptísima morada para Cristo, no por disposición corporal, sino por la gracia original.

22. A éstos hay que añadir los gloriosísimos dichos con los que, hablando de la concepción de la Virgen, atestiguaron que la naturaleza cedió su puesto a la gracia, paróse trémula y no osó avanzar; pues la Virgen Madre de Dios no había de ser concebida de Ana antes que la gracia diese su fruto: porque convenía, a la verdad, que fuese concebida la primogénita de la que había de ser concebido *el primogénito de toda criatura*².

23. Atestiguaron que la carne de la Virgen tomada de Adán no recibió las manchas de Adán, y, de consiguiente, que la Virgen Santísima es el tabernáculo creado por el mismo Dios, formado por el Espíritu Santo, y que es verdaderamente de púrpura³, que el nuevo Beseleel⁴ elaboró con variadas labores de oro, y que Ella es, y con razón se la celebra, como la primera y exclusiva obra de Dios, y como la que salió ilesa de los igníferos dardos del maligno, y como la que hermosa por naturaleza y totalmente inocente, apareció al mundo como aurora brillantísima en su Concepción Inmaculada. Pues no convenía que aquel objeto de elección fuese atacado de la miseria universal, pues, diferenciándose inmensamente de los demás, participó de la naturaleza, no de la culpa; más aún, mucho convenía que, como el unigénito tuvo Padre en el cielo, a quien los serafines ensalzan por Santísimo, tuviese también en la tierra Madre que no hubiera jamás sufrido mengua en el brillo de su santidad.

EMPLEO DE LA MISMA PALABRA “INMACULADA” O DE TÉRMINOS PARECIDOS

24. Y, por cierto, esta doctrina había penetrado en las mentes y corazones de los antepasados de tal manera, que prevaleció entre ellos la singular y maravillosísima manera de hablar con la que frecuentísimamente se diri-

¹ Gen. 3, 15.

² Gal. 1, 15.

³ Cant. 7, 5.

⁴ Ex. 31, 2.

gieron a la Madre de Dios llamándola inmaculada, y bajo todos los conceptos inmaculada, inocente e inocentísima, sin mancha y bajo todos los aspectos incontaminada, santa y muy ajena a toda culpa, toda pura, toda inviolada, y como el ideal de pureza e inocencia, más hermosa que la hermosura, más ataviada que el mismo ornato, más santa que la santidad, y sola santa, y purísima en el alma y en el cuerpo, que superó toda integridad y virginidad, y sola en convertirse totalmente en morada de todas las gracias del Espíritu Santo, y que, a excepción de sólo Dios, resultó superior a todos, y por naturaleza más hermosa y vistosa y santa que los mismos querubines y serafines y que toda la muchedumbre de los ángeles, y cuya perfección no pueden, en modo alguno, glorificar dignamente ni las lenguas de los ángeles ni las de los hombres. Y nadie desconoce que este modo de hablar fue trasplantado como espontáneamente a la santísima Liturgia y a los Oficios eclesiásticos, y que nos encontramos a cada paso con él, llenándolo todo, pues en ellos se invoca y proclama a la Madre de Dios como única paloma de intachable hermosura, como rosa siempre fresca, y en todos los aspectos purísima, y siempre inmaculada y siempre santa, y es celebrada como la inocencia, que nunca sufrió menoscabo, y corno segunda Eva, que dio a luz al Emmanuel.

CONSENSO UNÁNIME QUE EL TESTIMONIO DE LOS SANTOS PADRES PRODUJO EN LA IGLESIA UNIVERSAL

25. No es, pues, de maravillar que los pastores de la misma Iglesia y los pueblos fieles se hayan gloriado de profesar con tanta piedad, religión y amor la doctrina de la Concepción Inmaculada de la Virgen Madre de Dios, contenida en las divinas Escrituras según el juicio de los Padres, confiada a la posteridad con testimonios gravísimos de los mismos, puesta de relieve y cantada por tan gloriosos monumentos de la veneranda antigüedad, y expuesta y defendida por el sentir soberano y respetabilísima autoridad de la Iglesia, de tal modo que a los mismos nada les era más dulce ni más querido, que agasajar, venerar, invocar y hablar en todas partes con encendidísimo afecto a la Virgen Madre de Dios, concebida sin mancha original.

TERCERA PARTE

Definición dogmática de la Inmaculada Concepción

Peticiones de la definición dogmática

26. Por lo cual, ya desde los remotos tiempos, los prelados, los eclesiásticos, las Órdenes religiosas, y aun los mismos emperadores y reyes, suplicaron ahincadamente a esta Sede Apostólica que fuese definida como dogma de fe católica la Inmaculada Concepción de la Santísima Madre de Dios. Y estas peticiones se repitieron también en estos nuestros tiempos, y fueron muy principalmente presentadas a Gregorio XVI, nuestro predecesor, de grato recuerdo, y a Nos mismo, ya por los obispos, ya por el clero secular, ya por las familias religiosas, ya por los príncipes soberanos y pueblos fieles.

Nos, pues, teniendo perfecto conocimiento de todas estas cosas, con singular gozo de nuestra alma y pesándolas seriamente, tan pronto como, por un misterioso plan de la divina Providencia, fuimos elevados, aunque sin merecerlo, a esta sublime Cátedra de Pedro para hacernos cargo del gobierno de la Iglesia universal, nada tuvimos tanto en el corazón como llevar al cabo todas aquellas cosas que todavía deseaba la Iglesia, conviene a saber: dar mayor incremento al honor de la Santísima Virgen y poner en mejor luz sus prerrogativas; llevados a ello por nuestra grandísima veneración, piedad y amor para con la Santísima Madre de Dios, la Virgen María, sentidos ya desde la tierna infancia.

Comisión especial y labor preparatoria

27. Mas queriendo extremar la prudencia, formamos una congregación de Nuestros Venerables Hermanos los cardenales de la Santa Iglesia Romana, distinguidos por su piedad, don de consejo y ciencia de las cosas divinas, y escogimos a teólogos eximios, tanto del clero secular como regular, para que considerasen escrupulosamente todo lo referente a la Inmaculada Concepción de la Virgen, y nos expusiesen su propio parecer. Mas aunque, a juzgar por las peticiones recibidas, nos era plenamente conocido el sentir decisivo de muchísimos prelados acerca de la definición de la Concepción Inmaculada de la Virgen, escribimos el 2 de febrero de 1849 en Cayeta una car-

ta encíclica ¹ a todos nuestros Venerables Hermanos, Obispos del orbe católico, con el fin de que, después de orar a Dios, nos manifestasen también a Nos por escrito cuál era la piedad y devoción de sus fieles para con la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios, y qué sentían mayormente los obispos mismos acerca de la definición, o qué deseaban, para poder dar nuestro soberano fallo de la manera más solemne posible.

Respuesta unánime de los Pastores a la encuesta pontificia

28. No fue para Nos consuelo exiguo la llegada de las respuestas de los Venerables Hermanos. Pues los mismos, respondiéndonos con una increíble complacencia, alegría y fervor, no sólo reafirmaron la piedad y sentir propio y de su clero y pueblo, respecto de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, sino también todos a una ardientemente nos pidieron que definiésemos la Inmaculada Concepción de la Virgen con nuestro supremo juicio y autoridad. Y, entre tanto, no nos sentimos ciertamente inundados de menor gozo cuando nuestros Venerables Hermanos los cardenales de la Santa Iglesia Romana, que formaban la mencionada congregación especial, y los teólogos elegidos por Nos, a los que ya aludimos, después de un diligente examen de la cuestión, nos pidieron con igual entusiasmo la definición de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios.

Consultorio y petición del parecer de los Cardenales

29. Después de estas cosas, siguiendo las gloriosas huellas de nuestros predecesores, y deseando proceder con toda rectitud, convocamos y celebramos consistorio, en el cual dirigimos la palabra a nuestros Venerables Hermanos los cardenales de la Santa Iglesia Romana, y con sumo consuelo de nuestra alma les oímos pedirnos que tuviésemos a bien definir el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen Madre de Dios.

Así, pues, extraordinariamente confiados en el Señor de que ha llegado el tiempo oportuno de definir la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios, la Virgen María, que maravillosamente esclarecen y declaran las divinas Escrituras, la venerable tradición, el perpetuo sentir de la Iglesia, el ansia unánime y singular de los prelados y fieles católicos, los famosos hechos y constituciones de nuestros predecesores; consideradas todas las cosas con suma diligencia, y dirigidas a Dios constantes y fervorosas oraciones, hemos juzgado que Nos no debíamos ya titubear en sancionar o definir con nuestro fallo soberano la Inmaculada Concepción de la Virgen, y de este modo complacer a los piadosísimos deseos del orbe católico, y a nuestra piedad con la misma Santísima Virgen, y juntamente glorificar más y más en ella a su unigénito Hijo nuestro Señor Jesucristo, pues redundaba en el Hijo el honor y alabanza dirigidos a la Madre.

Definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María

30. Por lo cual, después de ofrecer sin interrupción a Dios Padre, por medio de su Hijo, con humildad y penitencia, nuestras oraciones privadas y las públicas de la Iglesia, para que se dignase dirigir y afianzar nuestra mente con la virtud del Espíritu Santo, implorando el auxilio de toda la corte celestial, e invocando con gemidos el Espíritu Paráclito, e inspirándonoslo El mismo, para honor de la santa e indivisa Trinidad, para gloria y ornamento de la Virgen Madre de Dios, para exaltación de la fe católica y acrecentamiento de la religión cristiana, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, y con la Nuestra, *declaramos, proclamamos y definimos que la doctrina que sostiene que la beatísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original, en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús Salvador del género humano, ha sido revelada por Dios, y debe ser por tanto firme y constantemente creída por todos los fieles.* Por lo cual, si alguno, lo que Dios no permita, presumiere sentir en su corazón de modo distinto a como por Nos ha sido definido, sepa y tenga por cierto que está condenado por su propio juicio, que ha hecho naufragio en la fe y se ha apartado de la unidad de la Iglesia, y que además, por el mismo hecho, se somete a sí mismo a las penas establecidas por el derecho, si se atreviere a manifestar de palabra o por escrito, o de cualquiera otro modo externo, lo que siente en su corazón.

¹ Encíclica “*Ubi primum nullis*”, del 2 de febrero de 1849, con motivo de la preparación del estudio sobre la Inmaculada Concepción.

Conclusión

Sentimientos de esperanza de que la Santísima Virgen dé a la Iglesia una vida más floreciente

31. Nuestra boca está llena de gozo y nuestra lengua de júbilo, y damos humildísimas y rendidas gracias a nuestro Señor Jesucristo, y siempre se las daremos, por habernos concedido, aun sin merecerlo, el singular beneficio de ofrendar y decretar este honor, esta gloria y alabanza a su Santísima Madre. Mas sentimos firmísima esperanza y confianza absoluta de que la misma Santísima Virgen, que toda hermosa e inmaculada trituró la venenosa cabeza de la cruelísima serpiente, y trajo la salud al mundo; y que siendo gloria de los profetas y apóstoles, y honra de los mártires, y alegría y corona de todos los santos, y refugio segurísimo de todos los que peligran, y fidelísima auxiliadora, y poderosísima mediadora y conciliadora de todo el orbe de la tierra ante su unigénito Hijo, y gloriosísima gloria y ornato de la santa Iglesia, y firmísimo baluarte, destruyó siempre todas las herejías, y libró siempre de las mayores calamidades de toda clase a los pueblos fieles y naciones, y a Nos mismo nos sacó de tantos peligros amenazadores; hará con su valiosísimo patrocinio que la santa Madre Iglesia católica, removidas todas las dificultades, y vencidos todos los errores, en todos los pueblos, en todas partes, tenga vida cada vez más floreciente y vigorosa, y reine *de mar a mar y del río hasta los términos de la tierra* ¹, y disfrute de toda paz, tranquilidad y libertad, para que consigan los reos el perdón, los enfermos el remedio, los pusilánimes la fuerza, los afligidos el consuelo, los que peligran la ayuda oportuna; y despejada la obscuridad de la mente, los desviados vuelvan al camino de la verdad y de la justicia, y se forme *un solo redil y un solo pastor* ².

Exhortación final a la confianza en la bondadosa intercesión de María

32. Escuchen estas nuestras palabras todos nuestros queridísimos hijos de la Iglesia católica, y continúen, con fervor cada vez más encendido de piedad, religión y amor, venerando, invocando, orando a la Santísima Madre de Dios, la Virgen María, concebida sin mancha de pecado original, y acudan con toda confianza a esta dulcísima Madre de misericordia y gracia, en todos los peligros, angustias, necesidades, y en todas las situaciones oscuras y tremendas de la vida. Pues nada se ha de temer, de nada hay que desesperar, si ella nos guía, patrocina, favorece, protege, pues tiene para con nosotros un corazón maternal, y ocupada en los negocios de nuestra salvación, se preocupa de todo el linaje humano; y constituida por el Señor Reina del cielo y de la tierra, y colocada por encima de todos los coros de los ángeles y de los santos, y situada a la derecha de su unigénito Hijo nuestro Señor Jesucristo, alcanza con sus valiosísimos ruegos maternos todo cuanto pide, y encuentra lo que busca, y no puede quedar decepcionada.

Defensa y recuerdo de la presente Bula

33. Finalmente, para que llegue al conocimiento de la Iglesia universal esta nuestra definición de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, queremos que, como perpetuo recuerdo, queden estas nuestras letras apostólicas; y mandamos que a sus copias o ejemplares, aun impresos, firmados por algún notario público y resguardados por el sello de alguna persona eclesiástica constituida en dignidad, den todos exactamente el mismo crédito que darían a éstas, si les fuesen presentadas y mostradas.

A nadie, pues, le sea permitido quebrantar esta página de nuestra declaración, manifestación y definición, y oponerse a ella y hacer la guerra con osadía temeraria. Mas, si alguien presumiese intentar hacerlo, sepa que incurrirá en la indignación de Dios y de los santos apóstoles Pedro y Pablo.

Dado en Roma, junto a San Pedro, en la fiesta de la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre de 1854, año noveno de Nuestro Pontificado.

PÍO PAPA IX

¹ Sal. 71, 8.

² Jn. 10, 16.

A LA INMACULADA CONCEPCIÓN, de Fray Damián de Vegas

Reina de los serafines,
por qué no pornán las gentes,
principios muy diferentes
en los diferentes fines?

Los que os dan un fin tan alto
como ser Madre de Dios,
¿por qué imaginan en vos
principio imperfecto y falto?

¿Por qué nos igualaremos
con vos los que delinquimos,
que en culpa nos concebimos
e hijos de ira nacemos?

¿Por qué hija de ira vos,
siendo Madre sin ofensa,
de la mansedumbre inmensa
que es el Cordero de Dios?

¿Por qué, Madre de desgracia,
formada en la iniquidad,
la Madre de la bondad
y la fuente de la gracia?

¿Por qué había Dios de hacella
de material enfermizo,
la que él medicina hizo
para cuantos van a ella?

¿Por qué daría al través,
ni con Adán erraría
la que el camino y la guía,
de aquellos que yerran es?

Ved: ¿La noche con el día?
¿Qué tienen que ver ahora,
las tinieblas con la aurora
ni el pecado con María?

¿Lo manchado de alto arriba
con la que no tiene mota,
la cisterna seca y rota
con el pozo de agua viva?

¿La puerta oriental del cielo
con la espelunca infernal,
ni el trono y silla real
con el hollado escabelo?

¿Qué la espina con la rosa;
qué con la paloma el cuervo;
qué el agraz crudo y acerbo
con la manzana sabrosa?

¿Qué con el oro más puro
el metal envilecido,
ni qué el paredón caído
con la fuerte casa y muro?

¿Qué el rico montón de trigo
con la pedriza escabrosa,
ni qué la vid abundosa
con el loco cabrahigo?

¿Quién del Líbano la nieve,
de mortal pie no tocada,
compara a la escarcha hollada,
a que todo pie se atreve?

Fuera mala ceremonia
poner en un mismo andén
la Flor de Jerusalén
con la hez de Babilonia.

¿Quién osara comparar
la lóbrega sombra y negra
con el lucero, que alegra
cielo y aire, tierra y mar?

¿Ni con el áspera ortiga
el lirio blando oloroso,
ni el dulce abrazo amoroso
con la agresión enemiga?

Ni la ingrata y enfadosa
sierva ha de ser comparada
con la por extremo amada,
singular Hija y Esposa.

¿Quién no ve que juzga mal,
si por un mismo sendero
lleva al milano ratero con
el águila caudal?

¿Qué igualdad sería ésta,
tan injusta y desmedida,
la cambronera abatida
con el cedro o palma enhiesta?

¿La fuente de agua que corre,
con la estante y enfermiza,
o la caña movediza
con la ebúrnea y firme torre?

¿Quién, si no de seso falto,
medirá con un compás
los antros de Satanás
y el Templo de Dios muy alto?

¿Ni quién el panal de miel
con la hiel compararía,
ni la desgraciada Lía
con la hermosa Raquel?

¿Quién el Paraíso santo
de deleites comparalle
osaría con el valle
de lágrimas y de llanto?

¿O quién la zarza, que al suelo
tuerce el paso comentado,
con el ciprés levantado,
que sube derecho al cielo?

¿Quién la muy dulce vianda
con la hiel de los dragones,
ni el bramar de los leones
con la voz suave y blanda?

¿Quién el estiércol podrido,
ni el cuerpo inerte medroso,
con el bálsamo oloroso
y cinamomo florido?

¿Ni el peligroso desierto,
de abrojos y serpientes lleno,
con el huerto muy ameno,
de flor y fruta cubierto?

Madre del inmenso Dios,
¿quién, si todo os queda atrás,
mide a vos con los demás?
¿Quién a los demás con vos?

¿Qué fuerza, qué persuasión
habían de ser bastantes,
para juzgar semejantes
vuestra y nuestra Concepción?

Pues sola a vos importaba
principio más generoso,
por alteza del Esposo
divino, que os esperaba.

El cual, como se encendía,
de amor de tan milagrosa
beldad: *toda eras hermosa,
amiga mía*, decía.

Toda hermosa os llama allí,
porque nunca a os afeó
la culpa, y así añadió :
Ninguna mancha hay en ti.

Porque en vos, Virgen Real,
ninguna culpa fué hallada,
ni adquirida, ni heredada,
ni actual, ni original.

Que a ser en algo viciosa
Vuestra Concepción Sagrada,
no fuéades de él llamada
toda limpia, y toda hermosa.

Toda, y del todo perfecta,
sois, pues, Señora, de modo,
que siendo perfecta en todo,
en nada sois imperfecta.

Esto, ¿quién lo negaría,
cuando vuestro Esposo Santo
por excelencia en su canto
os llama *perfecta mía*?

Por donde os llamamos bien,
¡oh Virgen maravillosa!,
toda en el cuerpo hermosa,
toda en el alma también.

Toda, en toda perfección
de pureza y de beldad,
toda en la Natividad
y toda en la Concepción.

Con aquesta fe sincera,
Virgen, vivo y moriré
rogando en la misma fe,
que todo hombre viva y muera.

Y con esto el hilo añudo,
porque en el silencio creo
podrá acabar el deseo
lo que la lengua no pudo.

